

Bruegel con sus grotescas deformaciones y su anticipación de una moderna sensibilidad de la forma.

Veronés con sus llamas crepitantes. . .

Todos ellos y muchos más aquí presentes son una lección suprema, una lección maestra y al mismo tiempo la prueba de que la sola copia fría de los museos no es el camino para llegar a un arte de calidad. Porque Rubens y Rafael y Leonardo y Bruegel siguieron la tradición añadiéndole una luz personal y revolucionaria.

ANDRÉS BAHAMONDES

Palacio de «La Alhambra». La pintura de Andrés Bahamondes se ha quedado en un primer estadio en el cual la visión es elemental, pobre, superficial y de una objetividad inmediata y mediocre. Se le ha llamado impresionista. Se le ha comparado con Sisley y hasta se ha dicho que alguna de las obras de esta exposición admiten el paralelo con la famosa *L'Inundation*, la tela de aquel maestro traída a la reciente exposición de pintura francesa, joya del certamen.

La afirmación es desatentada y torpe.

El color en Bahamondes es sucio, sin tenuidad, pesado. No hay justeza en los planos y la imprecisión en los acordes y la mala observación de los tonos quitan a sus paisajes toda profundidad. Esto se advierte demasiado ostensiblemente en *Cartagena*, *Playa grande*. La tonalidad brumosa y esfumada del conjunto no guarda congruencia con el verde local y rotundo, táctil, de los árboles. Las frecuentes incorrecciones de dibujo y la escasa densidad plástica se hacen presentes en *La fuente*. En general, Andrés Bahamondes no consigue la calidad de materia. El agua, las montañas, los matorrales, los cielos, no muestran su diferenciación característica. Los muros de las casas tienen una blandura que está lejos de su peso físico y de su concreción material.